

«VERBUM DOMINI»

La Palabra de Dios ha estado presente en las celebraciones litúrgicas desde los orígenes del cristianismo. San Justino, en su *Apología primera*, el primer texto que describe la celebración eucarística que ha llegado a nuestros días, escrito a mediados del siglo segundo, explica cómo al inicio de la reunión de los cristianos «se leen las memorias de los apóstoles y los escritos de los profetas, tanto tiempo como es posible» (c. 67).

No se trata de una innovación de la liturgia cristiana. La lectura de la Sagrada Escritura era la parte principal de la liturgia sinagoga sabática del pueblo judío. La novedad provino del hecho que los cristianos leían los textos veterotestamentarios en clave cristológica, ya que el Antiguo Testamento converge en Jesucristo, cumbre de la historia de la salvación. El mismo Jesús nos ofreció el primer ejemplo de esta manera de leer la Biblia cuando, mientras acompañaba a los discípulos de Emaús a su destino, «comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (Lc 24, 27).

La importancia de la proclamación del texto sagrado y su posterior explicación, en los primeros siglos de la historia de la Iglesia, queda patente en las homilías que nos han legado numerosos santos padres, como Cipriano, Orígenes, Basilio, Juan Crisóstomo, León Magno, Ambrosio, Agustín...

Durante la edad media, la Palabra de Dios en la misa pasó a un segundo plano pues, por una parte, el pueblo fiel ya no entendía el latín, la lengua de la liturgia, y, por otra, las controversias eucarísticas de inicios del segundo milenio acentuaron la presencia real de

Cristo en las especies eucarísticas frente a cualquier otro elemento de la celebración. Este último hecho alcanzó su punto culminante cuando Lutero defendió la *sola Scriptura*. En contraposición, la Iglesia católica se centró en el sacramento. Fue con el Concilio Vaticano II, concretamente en la Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*, cuando la Palabra recuperó su protagonista. Este documento recordó que la celebración se compone de dos partes, igualmente importantes: la mesa de la palabra y la mesa del cuerpo del Señor (cf. núm. 48). Y, por primera vez, el magisterio habló de la presencia de Cristo en la Palabra proclamada, además de la presencia en las especies eucarísticas (cf. núm. 7). Finalmente, fue modificada la norma canónica que establecía que para cumplir con el precepto de «oír» misa había que llegar, por lo menos, a la presentación de dones que inicia la segunda parte de la celebración eucarística, siendo necesario participar desde la liturgia de la Palabra para la validez del sacramento.

En la documentación pontificia posterior al Concilio, principalmente en la litúrgica, la Palabra de Dios continuó estando presente: en la *Ordenación General del Misal Romano*, en la *Ordenación de las Lecturas de la Misa*, en la Instrucción *Redemptionis sacramentum...* y de modo particular en la reciente Exhortación postsinodal sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia *Verbum Domini*. Para profundizar en este último documento ofrecemos en el presente número de la revista *Phase* tres artículos que analizan el texto pontificio desde una perspectiva diferente: Nuria Calduch ofrece la visión bíblica, Salvador Pié-Ninot comenta los rasgos teológicos y Renato De Zan presenta las claves litúrgicas. Además, los dos primeros participaron en calidad de expertos en el Sínodo sobre la Palabra de Dios y cuyas conclusiones recoge la Exhortación de Benedicto XVI.

También incluimos, en este número de *Phase*, los textos de las dos ponencias que tuvieron lugar en Barcelona para conmemorar el 50 aniversario de la revista el pasado viernes 11 de febrero impartidas por sendos obispos: Pere Tena habló sobre la historia de la revista *Phase* y Julián López trató el futuro de la pastoral litúrgica.

José Antonio GOÑI